

**YO, CARLOS**

**EL DISCURSO MENEMISTA: ¿UNA POETICA**

**DE RUPTURA?<sup>1</sup>**

**Amparo Rocha Alonso**

a Germán Gómez (1990)

Ante la pregunta sobre si es posible hablar de un “discurso menemista”, se intentará demostrar, en base al corpus elegido, que efectivamente existe tal discurso. Su especificidad y su relación con la tradición enunciativa peronista serán los nudos

---

<sup>1</sup> Monografía final para el Seminario sobre Análisis de Discursos Sociales dictado por el profesor Daniel Romero, Carrera de Letras, FyL, UBA, 1989.

problemáticos que trataremos de resolver en primer lugar. Finalmente plantearemos algunas hipótesis sobre efectos de reconocimiento de algunos discursos de Carlos Saúl Menem, así como de sus intervenciones verbales espontáneas o semiespontáneas en el marco de su actividad pública.

El corpus elegido para este análisis es una serie de discursos proferidos por Carlos Menem entre 1989 y 1990, más declaraciones suyas recogidas por la prensa en 1990.

- Salvo el discurso de cierre de campaña todos los demás pertenecen al período de la presidencia.
- El corpus no es exhaustivo, pero pretende una relativa representatividad, por lo cual se seleccionaron discursos expuestos en situaciones y ante audiencias muy diversas.
- En todos los casos se tuvo en cuenta exclusivamente el registro verbal escrito.

### YO, CARLOS

### LA ENUNCIACION MENEMISTA

Analizar los discursos de un presidente que se ha popularizado por sus intervenciones orales plenas de contradicciones y furcios, reacciones airadas y bruscos cambios de tono constituye una experiencia inédita.

Los discursos estudiados aparecen como una superficie homogénea y coherente, tanto en el plano de los contenidos (la ideología en términos de Eliseo Verón) como en el de la configuración enunciativa: un mismo modelo recorre todos los textos, que parecen contruidos en serie. Espacio sin conflictos, al menos en superficie, la economía de elementos teóricos es una de las claves de su organización. Economía que se traduce en redundancia: una misma cosa dicha de muchas maneras, con mínimas variantes.

Sin duda, el principio constructivo de estos discursos es la Repetición, que asume diversas formas:

#### -La Repetición

a) Pura y llana:

“Por eso, deseo afirmarlo con toda mi convicción. La Argentina del fracaso se acabó. Insisto: la Argentina del fracaso se acabó.” (5)

“...Sígueme, síganme, que no los voy a defraudar. Síganme, síganme, que no los voy a defraudar. Síganme, que no los voy a defraudar, por Dios. Síganme, que no los voy a defraudar.” (1)

b) La enumeración:

“El desafío de la unidad, de la subordinación, de la disciplina, de la eficaz profesión y de la defensa de la estabilidad institucional...” (9)

c) Anáfora o repetición con variaciones:

“En definitiva, vengo a hablarles claro. Con la verdad en la mano. Con la sinceridad en el discurso. Con la franqueza en el espíritu. Con la esperanza en el corazón.” (9)

“Hay una sola Argentina productiva. Hay una sola Argentina para desarrollar. Hay una sola Argentina para crecer.” (5)

Los ejemplos son innumerables, ya que es éste el recurso más utilizado en los textos, el que les imprime un estilo particularmente enfático.

Como en las letanías o en las canciones populares, la similitud fónica y sintáctica de las oraciones “golpea” con más fuerza que las largas parrafadas propias del discurso argumentativo.

Salvo en excepciones, como el discurso (12), en donde el contenido temático impone un desarrollo más consistente, los demás discursos son una suerte de repetición de repeticiones. Estética previsible y por eso mismo más eficaz...

d) Citas interdiscursivas: los mismos enunciados reaparecen una y otra vez en distintas ocasiones; el enunciador se repite a sí mismo echando mano a algunos leit-motivs tales como: “Como presidente de todos los argentinos”, “Dios los bendiga”, “Vengo con el corazón a flor de piel”, “No miro hacia el pasado sino hacia el futuro”, etc.

Citas explícitas en un discurso aparecen implícitas en otro, como ocurre con una de Antonio Machado en (5) y (6).

En general, respondiendo a un principio de economía compositiva, pocos elementos, combinados y en contextos disímiles, generan un discurso que es siempre el mismo. Tautología pura, salvo en esas fisuras por donde se cuele la voz del otro. ¿De otros asesores, tal vez?

Además de la repetición, hay otros rasgos de la enunciación menemista que merecen nuestra atención:

-La estructuración del texto en párrafos u oraciones cortos

Esta estrategia –deliberada a nuestro entender- de privilegiar la forma corta por sobre los largos desarrollos argumentativos tiene en cuenta la emergencia de un nuevo tipo de receptor que exige concisión, ingenio y golpes de efecto ya que forma parte de una sociedad –o mercado- cada vez más signada por la retórica publicitaria y los “tiempos” televisivos.

La composición se resuelve como una repetición de oraciones que, por su corta extensión y su estructura binaria asumen la forma del slogan.

“Basta a la socialización de las pérdidas y a la privatización de las ganancias... Basta a la mínima actividad industrial y a la máxima actividad financiera. Basta de empresarios ricos y empresas pobres.” (5)

“Procuraremos tener “buenos socios” y ser “buenos socios”. No como en el pasado, cuando nosotros éramos los “buenos” y otros eran los “socios”.” (5)

“...el gobierno va a ser coherente, pero el sector privado deberá ser consecuente.”  
(5)

“Hace cuarenta años éramos acreedores del mundo, hoy somos deudores.” (4)

Como vemos, se recurre con frecuencia a las simetrías y los contrastes: antes/ahora, fracaso/éxito, íntimamente relacionados con las redes antagónicas de sentido que se manejan.

Hay un gusto por las definiciones:

“No somos un país subdesarrollado, ¡por Dios...! Somos un país subadministrado, que es totalmente distinto.” (13)

Y por los neologismos: Perestroika/Menemtroika.

Por último, recordemos el slogan que sirvió de eje a la campaña electoral: la fuerza del imperativo “Sígueme” evoca el “Cómprame” implícito en todo anuncio publicitario: corto, con dos partes bien definidas – exhortación y promesa- reúne los requisitos de una consigna exitosa; el acento en la primer persona singular completa el cuadro atrayente y confiable que capturó millones de votos argentinos.

-Emergencia del YO

La poética menemista es una poética del yo. Mezcla de político, pastor electrónico o cura, y apólogo del pragmatismo, el enunciador de estos discursos emerge en una proliferación de “yoes” (y sus deícticos correspondientes: los posesivos y las formas personales, me, mi, mío, etc.) que tiñen el texto de un especial personalismo.

La primera persona singular es una constante en todos los discursos de Menem, ha acompañado su trayectoria política y ha conformado un estilo que se afianzó durante la campaña electoral. A veces aparece seguida del apósito: “Carlos Saúl Menem” o “como presidente de los argentinos”. Siempre se encuentra asociada a los componentes prescriptivo, en primer lugar; “Yo los convoco”, y programático “Me comprometo a”.

“En mi carácter de presidente de los argentinos vengo a asumir un irrevocable compromiso.” (2)

Las grandes gestas y las abstracciones corren por cuenta de este yo; las acciones concretas de gobierno son asumidas preferentemente por un nosotros exclusivo: el Gobierno. Acciones ya ejecutadas:

“Por eso, hemos ofrecido una solución integral al problema militar. Lo hicimos...”  
(9)

Acciones por hacerse:

“Conduciremos al resurgimiento económico de la Nación con un nuevo sistema de mercado, que será popular.” (12)

El enunciador aparece también en tercera persona:

“El presidente de todos los argentinos viene esta noche a compartir con ustedes...”

(5)

“Menem está aquí para trabajar con ustedes...” (3)

para deslizarse rápidamente de nuevo hacia la primer persona.

Discursos enteros están articulados sobre el eje del yo:

“Yo proclamo solemnemente ante mi pueblo... Yo no traigo en mis palabras promesas fáciles e inmediatas. Yo no traigo el simplismo y la demagogia...” (2)

“Yo no pretendo que me aplaudan ahora.” (11)

otros compensan el individualismo enunciativo con los nosotros exclusivo e inclusivo. Este último, que se usa habitualmente para establecer una relación de complicidad y compromiso entre orador y audiencia, aparece como una de las formas de la convocatoria:

“Esta convocatoria es una convocatoria y un desafío. Por Dios, por las generaciones presentes, por las generaciones futuras, no dejemos pasar esta maravillosa oportunidad.” (4)

o involucrando a los receptores en un sentimiento o en una decisión irrevocable:

“Estamos junto a su espíritu, junto a su coraje...” (6)

“Queremos cambiar la historia y la vamos a cambiar en nuestra Patria.” (6)

A diferencia del discurso alfonsinista, del cual la última cita guarda reminiscencias, los discursos que nos ocupan recurren poco al uso del inclusivo, prefiriendo poner el acento en la acción individual y no en la colectiva. Si podemos sintetizar la política enunciativa de Alfonsín en la consigna “Vamos a hacer los argentinos...”, el discurso de Menem asume la forma de un pedido:

“Yo, Carlos Saúl Menem, presidente por voluntad y elección de millones de argentinos, vengo a convocarlos.” (5)

Pero este pedido debe ser entendido en su exacta dimensión; más adelante, en el mismo discurso, se dice:

“Frente a esta pregunta agónica y vital, urgente y dramática yo no admito las dudas. No admito los titubeos. Frente a esta cruel opción, no estoy dispuesto a tolerar las medias tintas.” (5)

por lo cual se infiere que la convocatoria aludía no es a la acción sino más bien a la aprobación de las acciones del gobierno. Una de las formas en que aparece este reclamo –además del ineludible “yo los convoco” es: “yo les pido que me sigan, les pido que me acompañen”.

¿Con qué fundamentos un presidente que inicialmente involucra a una audiencia –de partidarios y opositores- en un proyecto común se vuelca inmediatamente a un personalismo sin titubeos?

Pues con la fuerza que otorgan “millones” de votos.



Lógica irrefutable.

-Apelación constante a los colectivos

Teniendo en cuenta la clasificación de entidades discursivas que propone Eliseo Verón, podemos detectar en el discurso menemista la recurrencia de algunas de ellas, en especial de los Metacolectivos Singulares: la Nación, la Patria, la Argentina, el Pueblo (también el omnipresente Dios podría incluirse en esta lista pues, aunque no es un colectivo en sentido estricto, en este caso particular de enunciación es equiparado a los demás por su fuerte connotación emotiva y su idea de totalidad o absoluto).

“Hermanas y hermanos, por la Patria, por el pueblo, arriba nuestros corazones. Hagamos flamear todas las banderas, la bandera de la Argentina, la bandera de la fe que es la bandera de Dios, la bandera de la esperanza que es la bandera del pueblo.” (3)

“Fui elegido por la voluntad libre del justicialismo y del pueblo argentino, y no tengo otro compromiso, por Dios, que no sea aquel que conseguir la felicidad del pueblo y la grandeza de la patria argentina.” (10)

Es interesante observar cómo a veces el interlocutor es una de estas entidades que reinan, por así decirlo, en las altas esferas de lo abstracto y, como señala Verón, de la “superación de lo político”:

“Argentina, levántate y anda.” (2)

“Pueblo argentino: pueblo de la larga espera. (...) Yo te convoco...” (2)

Ante semejante interlocutor, el enunciador se agranda y eleva para efectivizar un diálogo igualitario.

Con respecto a los destinatarios del discurso, cuya clasificación tomamos del autor citado, se evidencia con claridad la estrategia que comenzó a perfilarse en la campaña electoral: el borramiento del contradestinatario en pos del gran colectivo “los argentinos”. Ya vimos cómo el enunciador se propone como presidente de todos los argentinos, haciendo una opción muy fuerte para un político que se supone representante del peronismo (no olvidemos que históricamente el discurso del movimiento se articuló sobre la oposición peronismo/antiperonismo –fundamentalmente en la primera época, que fue la que impregnó con más vigor el imaginario colectivo-). Son escasas las menciones a “los peronistas” (con preferencia “los justicialistas”) y siempre en ocasiones en donde resulta ineludible, como en (10).

Los destinatarios son invocados, además, como “hermanas y hermanos”, “hombres, mujeres y niños”, todos términos que involucran parentesco o algún lazo común “más allá de ideologismos diezmantos y banderías políticas”; aún el tradicional “compañeros” aparece aquí “lavado” de sus connotaciones de barricada.

Sin embargo, en este universo conceptual que sólo manifiesta voluntad de armonía surgen discordancias (no ya en los discursos previamente escritos, en donde opera el principio del decoro, sino en los diálogos con la prensa, que soportan un registro más informal). Esa transformación de los destinatarios en un gran colectivo a quien en apariencia se busca persuadir no resiste ciertas amenazas: Menem califica de “delincuentes” a personas que lo han abucheado en Tierra del Fuego y a periodistas que publican información comprometedor para su gobierno; asimismo llama “forajidos” a los protagonistas de la rebelión carapintada. Si se tiene en cuenta que para los primeros añade que “no merecen vivir en comunidad” y para los segundos (tema recurrente) pretende imponer la pena de muerte, podemos colegir que desde su perspectiva política existen ciudadanos, con quienes no es necesario polemizar –la dimensión polémica está casi excluida de su discurso, salvo en casos especiales como (10)-, y sujetos que, por oponerse de alguna manera al gobierno (con palabras, gestos o armas) deben ser marginados del campo deliberativo que constituye la democracia.

El lenguaje equipara hechos dispares y de incidencia muy desigual en la vida democrática del país.

### -Lenguaje accesible

Ni en los discursos más específicos, como el de Reforma de Estado, pueden encontrarse tecnicismos o inclusión de términos que remitan a la “alta cultura” o a cualquier compartimiento estanco del saber. Se trabaja con una competencia media atribuida por la “doxa” sociológica al llamado “ciudadano común” u “hombre de la calle”.

En los discursos es frecuente hallar frases hechas e irrupciones del saber popular y del lugar común:

“Son los que no entienden que la fiesta se acabó.” (10)

“... sectores educados en el sálvese quien pueda, son los que le están chupando la sangre a la esperanza de los argentinos.” (10)

“Nos tiraron el gobierno por la cabeza.” (10)

El mismo enunciador se encarga de señalar la elección del registro coloquial en un género que, por su solemnidad, reclama cierta formalidad:

“...vengo de hablarles claro, (...) Sin las vueltas y las excecricidades de quienes sólo piensan en un rédito pasajero.” (9)

Por su parte, las citas y alusiones que recorren los textos pertenecen a un universo discursivo fácilmente identificable: un conjunto ecléctico de autores y sentencias a los cuales se echa mano de acuerdo a la situación: Perón y Evita (menos de lo esperado en

un locutor peronista), Antonio Machado, Marechal y Mallea, San Martín y Bolívar aparecen confiriendo autoridad al enunciador.

La voluntad menemista de funcionar como síntesis de opuestos se evidencia en la alocución pronunciada con ocasión de la repatriación de los restos de Rosas: los próceres de la historiografía liberal, Sarmiento, Alberdi y Urquiza sirven de marco intertextual para el discurso reivindicativo. Martín Fierro no puede ausentarse del homenaje con “los hermanos sean unidos...” (8)

Para empresarios estadounidenses resulta conveniente, en cambio, acudir a Sarmiento, Bolívar, Washington y Jefferson.

El repertorio habitual se completa con citas de la Biblia y de Juan Pablo II: el universo religioso, omnipresente.

#### -Reminiscencias de la alocución religiosa

Como acabamos de puntuar, los textos presentan un parentesco con los géneros del discurso religioso tales como el sermón y la plegaria.

Comienzan invariablemente con el vocativo “hermanos y hermanas”, terminan con invocaciones a Dios: “Que Dios los bendiga”, “Bajo la protección de Dios Nuestro Señor iniciamos hoy...”, “Yo elevo mi corazón a Dios Nuestro Señor” etc.

Un claro ejemplo de sincretismo político-religioso es la consigna que sirvió de leit-motiv al discurso de asunción del mando:

“Argentina, levántate y anda!” (2)

Completan el cuadro la permanente actitud exhortativa y el lenguaje figurado, típico de la lógica analógica.

“...no aremos en el mar, tiremos las simientes en tierra fértil.” (10)

“Voy a hablar en términos futbolísticos: es muy fácil patear penales, criticar, quejarse, llorar, lo difícil es atajar los penales, comprometerse con la Argentina y con el pueblo.” (10)

#### -Ausencia de argumentación

En términos estrictos, y ajustándonos a la definición de Retórica que da Aristóteles como “la facultad de considerar en cada caso lo que cabe para persuadir”, los discursos de Menem, eminentemente persuasivos, hacen uso de sólo dos de las tres grandes clases de argumentos retóricos o “relativos al Arte”. Son ellos:

- a) Por el carácter del orador.
- b) Por las pasiones del oyente.

La tercera clase de argumentos (considerada generalmente la Argumentación por antonomasia): Por los discursos, que consiste en el desarrollo de entimemas y ejemplos, está casi ausente como estrategia refutativa. No se desarrollan argumentos, sí se apela al corazón de la audiencia buscando diversos efectos: compasión, emoción, complicidad, risa...

“Este es el mandato de los niños pobres que tienen hambre, es el mandato que los niños ricos que tienen tristeza, es el mandato de los hermanos sin trabajo...” (3)

“Recapacité, reflexioné y con un poco de vergüenza pero también con altivez, tengo que reconocer que es la primera vez que le rindo homenaje al Gran Sanjuanino.”

(6)

“-Presidente, ¿qué mira primero de una mujer? –Me va a tratar de mentiroso, pero le voy a contestar... -Dele –Lo primero que miro es su capacidad.” (14)

“Si yo pudiera eludir el pago de impuestos, lo haría.” (15)

### -Conclusiones

“¡SIGANME, QUE NO LOS VOY A DEFRAUDAR!” es la síntesis perfecta del dispositivo de enunciación menemista, del cual tratamos de señalar las directrices fundamentales. Este slogan reúne las características más sobresalientes de la misma: acento en la primera persona singular, modalización enfática y uso de los componentes prescriptivo y programático.

Todos los discursos están contruidos sobre estos pilares: las repeticiones vigorizan la alocución, la corta extensión de las oraciones las hace más pegadizas, con ayuda de la simplicidad léxica y argumentativa. Finalmente, la proliferación de ese yo que apela a los grandes colectivos y los interpela, de cuya presencia surgen la exhortación pero también la promesa, la convicción y la fe, sitúa el discurso menemista en el espacio de los “grandes discursos” (religiosos, míticos). Pero, lógicamente, nos hallamos ante una mística degradada, porque el conjunto de variables que organizan hoy el campo político no deja lugar para lo sublime y las grandes epopeyas. Los discursos que analizamos, contextualizados y confrontados con las restantes manifestaciones discursivas del presidente produce, a un año de distancia, un efecto paródico. No sólo eso: estas piezas oratorias preparadas cuidadosamente para cada ocasión se muestran mucho menos capaces de dar respuestas a los interrogantes sobre la realidad política del país que el conjunto de dichos, comentarios, rumores, entrevistas, crónicas periodísticas, chistes, decretos, editoriales, videos, sesiones parlamentarias etc. que comentan, analizan, interpretan, refutan, multiplican, reproducen, caricaturizan, niegan y excluyen la palabra política de un presidente.

### -La relación con el discurso peronista

Silvia Sigal y Eliseo Verón afirman que la especificidad del peronismo no radica en un conjunto de contenidos doctrinados (ideología) sino en un particular dispositivo de enunciación (dimensión ideológica).

El hecho de que la política implementada por Menem seas hasta ahora la puesta en práctica de un programa absolutamente en desacuerdo con los postulados básicos del

justicialismo no es, pues, condición suficiente para declararlo “fuera del peronismo”. No hay que olvidar que esos postulados fueron variando con el tiempo y que Menem mismo recupera algunos –bien que pocos: la “unidad nacional” (Perón ’73), por ejemplo-. Por eso habrá que buscar en la enunciación menemista las claves para responder si continúa la tradición discursiva peronista, si sólo retoma algunos de los recursos de aquella o si constituye un hecho absolutamente inédito, de carácter fundacional.

Dice Beatriz Serlo que Menem, al tiempo que clausura vertiginosamente el ciclo inaugurado en 1945 “conserva, del viejo movimiento, el estilo personalista, el gusto por la concentración de poder, el desprecio por las modalidades formales de la democracia y un fraseo autoritario del discurso.”

Evidentemente el estilo de Menem es personalista y proclive a la concentración de poder (“Yo voy a fusilar, no tengo dudas; si nadie da la orden la voy a dar yo directamente.” (16)), ¿pero lo es en el mismo sentido en el que Perón lo era?

Según Sigal/Verón, el líder guarda con los grandes colectivos (la Patria, la Nación) una relación de consubstancialización que lo abstrae y lo transforma en un colectivo más. El personalismo de Perón no sería entonces la sugestión que ejerce un individuo carismático, sino el poder que emana de un ente abstracto; él se halla por encima de lo político, en el lugar de la Verdad, **este lugar es intransferible: presidente multifunción, juega al tenis, baila, firma decretos, almuerza con Mirtha Legrand y desayuna con Bush: está ahí, es un “argentino” (no la “Argentina”) y exhibe sus defectos y debilidades con simpatía y desparpajo. No es “el primer trabajador” sino “el primer ocioso”, un degustador de los placeres de la vida.** No es la Verdad: dice verdades, como sintomáticamente las dicen sus compañeros de ruta, tal el caso de Luis Barrionuevo (“Yo no hice la plata trabajando...”)

Por todo eso, porque he instaurado en el ámbito público la imagen del político-espectáculo –imposible soslayar los otros discursos que la construyen: gestos, fotografía, vestuario, televisión- y porque habla con palabras sencillas de los sentimientos y de la realidad (“El árido y el semiárido de mi tierra conformaron mi espíritu insuflado por las enseñanzas de mis padres y también por los de esa verdadera universidad que es la calle...”) es que puede constituirse en objeto de identificación para muchos argentinos. Cosa que no ocurría con la figura de Perón que, desde su lugar

inaccesible imponía distancia. El en su discurso, es dador: llega al gobierno para dar(se) a los trabajadores, asimilados primero al “pueblo peronista” y luego directamente al “pueblo”; Menem sólo pide (a los “argentinos”). Aunque, como vimos, ese pedido encubre una imposición.

Dijimos que Perón se colocaba en un lugar abstracto y deberíamos agregar que ese lugar es transpolítico, considerada la política como un campo de luchas estériles, fuente de la degradación de un país. Y si bien reivindicó la ideología en el terreno de las grandes ideas al propugnar la “tercera posición”, alternativa a los dos polos ideológicos contemporáneos, en los hechos concretos combatió los “ideologismos” y la política.

Menem, por vía inversa llega al mismo resultado: se declara firme partidario de la transideología –hija de Fukuyama o sus traductores vernáculos- pero recupera lo político siempre que necesita legitimación.

“...La Patria no tiene ideologías, los partidos, los movimientos sí, la Patria tiene intereses y por sobre de los intereses de la Patria, de esta República Argentina, nada, superior, nada de ideología.” (5)

Las instituciones quedan retóricamente a salvo. En los hechos, tanto para Perón como para Menem opera un vaciamiento del campo político.

La intransferibilidad de la enunciación es otra de las claves del discurso peronista: el enunciador, ausente simbólicamente, por su propia naturaleza y realmente, en el exilio primero y luego en virtud del “entorno”, no es el único propietario de sus palabras. No cambia en nada en hecho de que tenga delegados y representantes que hablen en su nombre: justamente la proliferación de enunciados contradictorios prueba que la Verdad sigue estando en un solo lugar: el del líder. Perón, claramente consciente de que su misión es la de aglutinar y servir de referencia a los distintos sectores de su movimiento, despliega una estrategia que consiste en “no decir nada y bendecir a todos”.

La economía discursiva del peronismo –afirman Sigal/Verón- “contenía un elemento de ruptura de las reglas de la democracia, elemento que lo asemejaba al dispositivo totalitario: la identificación del Nosotros peronista con la Nación y la expulsión del otro



como representante de la Antipatria... El totalitarismo está dinamizado por la utopía de la reunificación de lo social, instaura un lazo social sin fisuras, del cual del otro está definitivamente excluido”.

Perón, enunciador abstracto que encarnaba la Nación y se situaba fuera de conflicto, no hizo nada por llenar el vacío de poder arbitrando a favor de una otra postura de su movimiento. Paradójicamente, el no haber hecho uso de un mecanismo democrático –la elección- salvó, por así decirlo, a su movimiento del totalitarismo, ya que éste busca llenar el vacío del campo político con un contenido positivo, con un contenido que es, por cierto, absoluto.

Ahora bien: Carlos Menem también tiene delegados y voceros que reproducen, explican o traducen sus palabras; asimismo lanza enunciados contradictorios, y esa maraña de anuncios y desmentidas parece operar como una cortina de humo de un discurso que, el decir tantas cosas “no dice nada”.

La diferencia radica en que este enunciador, que ya no goza del “halo” que otorga la distancia (simbólica o real) “creo decirlo todo”.

Afortunadamente no es posible hablar de totalitarismos en este caso, pero conviene tener en cuenta cierta tendencia autoritaria en el discurso menemista, que no se manifiesta, como canónicamente se afirma, en el monopolio de una sola voz, de una sola palabra; aquí se trata de una multiplicidad de palabras cuyos sentidos se anulan: el poder siempre parece estar en otra parte, se escatima a los ciudadanos que son, cada vez más, meros espectadores del juego político...

Y es acá donde se hace evidente que cualquier estudio comparativo de los mecanismos discursivos de Perón y de Menem que no contemple todas las variables que organizan el campo político es incompleto y poco eficaz. Dos presidentes peronistas, constitucionales y con innegable (aunque cuantitativamente diferente) ascendencia sobre las masas: he ahí los rasgos comunes, todos los otros factores han variado con el tiempo. Dicho de otra manera: Perón hay uno solo, porque, más allá de carismas personales, las condiciones que posibilitaron su emergencia no han vuelto a repetirse. La Argentina no es la misma ni es igual el estatuto de lo político ahora que entonces. La televisión, en mayor medida que los otros medios masivos de comunicación, fija los límites del imaginario colectivo, crea nuevos mitos y necesidades, da luz y sombras a

las distintas instancias de la vida colectiva. De un líder que habla ante plazas colmadas de gente fervorosa pasamos a la imagen de un presidente que los argentinos reconstruyen en fragmentos heterogéneos de información.

Podríamos afirmar que nos hallamos ante la fundación de un nuevo régimen discursivo –que, por cierto, abarca mucho más que el registro verbal- que debe su existencia, menos a la originalidad de su autor, el Presidente, que a la red simbólica y material que lo sostiene.

Es temprano aún para hablar de autoritarismo, pero en caso de hacerlo habría primero que redefinir el término, recontextualizarlo y pensarlo en función de los nuevos elementos que han aparecido. Anteriormente dijimos que el poder siempre está en otra parte: quizás no solamente esté en otra parte sino que esté disgregado en infinitos fragmentos de los cuales un enunciador, cualquiera sea, es el emergente más verosímil.

#### -La “traición” de Menem

Resulta productivo releer viejos discursos políticos pues en ellos aparecen, con la perspectiva que da el tiempo transcurrido, datos reveladores que habían pasado desapercibidos entonces.

Es lo que sucede cuando abordamos los discursos de Cierre de campaña electoral y de Asunción de mando ante la Honorable Asamblea Legislativa del actual presidente Carlos Menem: a la luz de los hechos del presente inmediato, podemos encontrar las claves de lo que se ha dado en llamar “la traición al programa electoral y a la doctrina justicialista”.

Efectos de reconocimiento: la elección inesperada de gabinete, la racionalización del Estado, el alineamiento con los EEUU, la política de pacificación (léase indultos), todo eso estaba allí en forma de alusión (“No me voy a fijar en el color del pensamiento político para convocar a los más honestos, a los más capaces.”; “Todo aquello que puedan hacer por sí solos los particulares, no lo hará el Estado nacional.”; “Vamos a decirle que jamás se alimentará un enfrentamiento entre civiles y militares, sencillamente porque ambos conforman y nutren la esencia del pueblo argentino.”; “Pero constituye (la deuda externa) un compromiso de honor para la República, tal

como tantas veces lo reafirmara el general Perón. Por eso, será atendida por mi gobierno, con la colaboración de los acreedores y con la aprobación de vuestra honorabilidad.”). La alusión y el lenguaje figurado son las formas en que aparecen indicios claros de lo que luego tomaría por sorpresa a gran parte de la ciudadanía. Pues, si bien se decían ciertas cosas, su verdadero sentido no podía ser descifrado porque el peso de la traición peronista y las expectativas y los deseos tanto tiempo alimentados pesaban más que la constatación de que quien las decía era capaz de decir muchas cosas contradictorias según fuera necesario.

Ya los argentinos han desarrollado en cuestiones de política una competencia decodificadora digna de un hermeneuta: saben que si leen en el diario “NO AUMENTARÁ EL PRECIO DE LA NAFTA” deberán apostarse al día siguiente frente a las bocas de expendio para llenar el tanque de su auto.

El discurso menemista ha agregado nuevos matices a semejante destreza colectiva: ante el aluvión de enunciados contradictorios, anuncios y desmentidas, elogios e injurias el ciudadano medio –si tal entelequia es posible- se repliega y suspende la creencia. Podría decirse que el principio de Cooperación de Grice se ve afectado o, tal vez, que ha sufrido una mutación: los participantes de un acto comunicativo saben que deben descreer de aquello que se dice. Locutor y alocutario(s) participan del juego. Si la primer reacción ante un enunciado que se cree falso es inferir el contrario, es esta nueva etapa, dejan ya de buscarse correspondencias y opuestos: lo Real queda virtualmente en suspenso, se lo supone en un lugar inaccesible. La pluralidad de sentidos anula el sentido, lo neutraliza: la sensación que provoca este fenómeno es la de que “todo puede decirse acerca de algo” ya que han caído ciertos pruritos lógicos, estilísticos y hasta de orden ético que hasta hace un tiempo sostenían los intercambios discursivos.

Esto no significa en términos concretos que todo sea dicho: hay cosas que no se dicen ni se dirán nunca y otras que no pueden siquiera pensarse. Lo real es que el discurso de Menem, como bien señala Beatriz Sarlo “En un límite al que se aproxima cada vez más, se independiza de la construcción referencial: dice cualquier cosa que pueda servir a las necesidades puntuales de una intervención sin preocupaciones por la concatenación y contradicción de las diferentes intervenciones en un discurso global.” Obviamente no es el único caso (en los medios masivos se manifiesta cada vez más esta tendencia que

podríamos calificar de “posmoderna del subdesarrollo”) pero sí es un caso paradigmático debido a las situación privilegiada del enunciador.

El interrogante es si, como apunta esta autora, el vaciamiento del campo simbólico que ha provocado esta nueva instancia discursiva contiene suficientes elementos como para ocupar el espacio que dejó el peronismo; si los cambios sociales operados han sido tan radicales que las grandes masas estarían dispuestas a trocar su mitología y sus héroes por un panteón televisado en el que figurarían en alegre armonía Xuxa, Ikonikoff, Susana Giménez, Scioli, Bush, Beatriz Salomón, Walesa, Zulema, Julio Bárbaro, Las Primas y el Emperador de tan glamoroso Shopping Center. En el medioevo el clero y la nobleza vestían sus mejores galas y desfilaban ante el pueblo en coloridas ceremonias unos pocos días al año; de este modo se ofrecían a la contemplación de la gente los símbolos del poder: se lo representaba ante la muchedumbre. Es innegable que la sociedad contemporánea, como señala Jurgen Habermas, ha pasado en las últimas décadas una refeudalización del ámbito de lo público: actualmente los medios masivos de comunicación presentan día a día imágenes del poder al consumo de ciudadanos-espectadores que, una vez más, son mantenidos al margen de las grandes decisiones.

El tiempo dirá si es verdad lo que nuestro héroe afirmara en ocasión de una desmentida:

“El pueblo sabe que una cosa es la que se lee y otra la que se siente.”

#### BIBLIOGRAFÍA:

Aristóteles (1979) *La Retórica*. Buenos Aires: Eudeba.

Grice, Paul (1991) “Lógica y conversación”, en *La búsqueda del significado* (L. Valdés editor). Murcia: Tecnos, págs. 511-530, 1975.

Habermas, Jurgen (1981) *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Gustavo Gilli.

Sigal Silvia y Verón, Eliseo (1986) *Perón o Muerte. los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Legasa.

Verón, Eliseo (1987) “La palabra adversativa” en AA.VV. *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette.

Sarlo, Beatriz (1990) “Menem: cinismo y exceso”, en *Punto de Vista* N° 39, Buenos Aires, diciembre.

## DETALLE DEL CORPUS

- (1) Discurso de cierre de campaña presidencial, por cadena nacional. 11-5-89
- (2) Mensaje presidencial a la Honorable Asamblea Legislativa. 8-7-89
- (3) Discurso del presidente desde los balcones de la Casa de Gobierno. 8-7-89
- (4) Disc. del Presidente en el acto del 135º aniversario de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires. 20-7-89
- (5) Disc. del presidente con motivo del Día de la Industria. 1-9-89
- (6) Disc. del presidente con motivo de la celebración del Día del Maestro (Pcia. de San Juan). 11-9-89
- (7) Disc. del presidente ante la New York Society. 26-9-89
- (8) Mensaje presidencial con motivo de la repatriación de los restos de D. Juan Manuel de Rosas (ciudad de Rosario). 30-9-89
- (9) Disc. del presidente ante jefes de unidades y organismos del Ejército. 1-11-89
- (10) Disc. del presidente desde el balcón de la Casa de Gobierno, recordando el retorno a la patria del teniente general Juan Domingo Perón. 17-11-89
- (11) Palabras del presidente en el acto de presentación del libro “Yo, Carlos Menem” en el Teatro Nacional Cervantes. 14-12-89
- (12) Disc. del presidente sobre Reforma del Estado y transformación Nacional. 1-8-90
- (13) Disc. del presidente en la inauguración de la 46º Exposición Rural de Formosa. 9-9-90
- (14) Declaraciones del presidente en el programa “Almorzando con Mirtha Legrand”, recogidas por el diario Página 12. 13-12-90
- (15) Declaraciones en el mismo programa (grabación). 26-12-90